

quilo, como si hubiera tenido calentura; mi cerebro estuvo lleno de ensueños, parecidos á las imaginaciones de un delirante. Impresionado por la idea de encontrarme en Betel, soñé que miraba la escala misteriosa que vió Jacob, cuando huyendo de la cólera de Esaú hacía la Mesopotamia, pasó en este lugar una noche, con la cabeza reclinada sobre una piedra. Parecíame oír la voz del Señor que decía á Jacob: «Yo soy el Señor Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac: la tierra en que duermes, la daré á tí y á tu posteridad. Y será tu posteridad como el polvo de la tierra. Seréis dilatado al Occidente y al Oriente, y al Septentrion y al Mediodía, y serán benditas en tí y en tu simiente todas las familias de la tierra.»

Al despertarme á las seis de la mañana siguiente, lo primero que hice fué repetir en mi pensamiento: *Verè Dominus est in loco isto et ego nesciebam. Quam terribilis est locus iste! Non est híc aliud nisi domus Dei, et porta cæli.* Verdaderamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabia! Cuán terrible es este sitio. No es aquí sino casa de Dios y puerta del cielo!

Y sentí sumos deseos de levantarme como el patriarca, tomar una piedra, alzarla por título y derramar aceite sobre ella.

Este lugar se llamaba antiguamente Loza, y Jacob, á causa de la vision que aquí tuvo, le puso por nombre Betel, que quiere decir *casa de Dios*.

Viniendo Abraham de Siquem, levantó aquí sus tiendas, y erigió un altar al Señor. Aquí fué asimismo donde este patriarca y Lot se separaron, á causa de las querellas nacidas entre sus pastores.

Jeroboam, despues de haberse rebelado contra la casa de David, colocó en Betel el becerro de oro, al que ofrecia sacrificios. Mientras el rey se entregaba á estas idolatrías, un profeta vino á anunciarle la destruccion de su altar y de todos los sacerdotes de los ídolos. Jero-boam tendió la mano para hacer arrestar al profeta, pero su mano se secó, y el altar se hendió de arriba abajo.—

Tomamos una taza de café y un vaso de leche, y nos dispusimos á

continuar el viaje. Salimos de la tienda, y quedamos sorprendidos al ver el campo cubierto de una capa de nieve de dos pulgadas de espesor, así como nuestras casas de lona. Esta fué sin duda la causa del calor sofocante que sufrimos aquella noche, pues no habia hendedura ni intersticio que no estuvieran obstruidos, de manera que un átomo solo de aire no podia entrar en nuestra tienda.

Preparado todo ya para la marcha, se trabó una disputa entre el arriero dueño de las bestias, y Fortunato. Aquel pretendia que debiamos pasar el dia en Betel, pues estando borrados los caminos á causa de la nieve, nos era imposible poder dirigirnos; el otro pretendia, por el contrario, que los caminos, saliendo de Betel, estaban visibles y expeditos. Ambos miraban por su interes, pues Anna (Juan) el arriero, queria ganar á Fortunato el sueldo de un dia mas, al paso que este trataba de ahorrar para ganar lo mas posible en el contrato.

La disputa duró una hora, con gritos, manoteos y miradas terribles. M. Delestre y yo determinamos que no teniamos objeto para permanecer en Betel, y zanjamos la discusion montando en nuestros caballos y echando adelante. La comitiva caminó en nuestro seguimiento.

§ II

HAUARA.

Febrero 22.

Torcimos á la izquierda de Betel, y subiendo una pequeña altura seguimos un camino al noreste. Allí encontramos algunos pastores que abrevaban su ganado en una atarjea. Estos pobres pastores no tenian mas que una camisa azul echada sobre el cuerpo, y estaban ateridos por el frio.

Saliendo de Betel acaba la tribu de Benjamin y se entra en la de Efraim. Los efraimitas no podian pronunciar, por un defecto orgá-

nico, la sílaba *shí*. Esta imperfección les fué de funesto resultado en la guerra que emprendieron contra Gefté, á la otra parte del Jordán. Habiendo sido derrotados, huían tratando de regresar á su tierra; pero sus enemigos, los habitantes de los montes de Galaad, guardaron los vados del Jordán, y preguntaban á cuantos querían pasar, si pertenecían á la tribu de Efraim. Los efraimitas contestaban que no, como es claro. Pero los de Galaad, no contentos con esta negativa, les exigían pronunciaran la palabra *shibolé* (espiga), y como ellos dijeran *sibolé*, los galaditas los reconocían por enemigos y los mataban. De esta manera murieron cuarenta y un mil hombres de la tribu de Efraim.

De la otra parte del Jordán, hácia el suroeste, están los montes de Galaad, donde habiendo acampado Jacob, que huía de Laban, su injusto y avariento suegro, fué alcanzado por este. Jacob y Laban hicieron allí pacto de amistad, en memoria del cual levantaron un monumento de piedra, de cuyo nombre se derivó el de la montaña. Porque Galaad quiere decir el *monton del testimonio*.

Aquí está la aldea Taibeh, sobre hermosísima colina de forma cónica. Es la antigua Efrem adonde se retiró el Salvador después de haber resucitado á Lázaro.

Entramos en una estrechura abierta entre dos montañas cercanas, de faldas risueñas y bien cultivadas. La tierra vegetal está detenida á las faldas del monte por medio de murallas de piedra, dispuestas á manera de anfiteatro, y en forma de gradería ascendente, como ya lo he explicado. Los olivos y las higueras crecen aquí en abundancia. El terreno en verdad es fértil, pero la soledad reina por todas partes, y ni un labrador ni un caminante cruzan estos campos silenciosos. A la izquierda se miran algunos caseríos coronando las alturas. Ain-Yabrud, Jifna, Ain-Sinia, Kufr-Aneh, Borjd-el-Barduill, todas estas son pequeñas aldeas, mas ó menos bellas, erigidas en las cumbres.

De pronto escuchamos ruido de campanillas, y miramos una caravana de árabes que montaban soberbios camellos, y conducían otros

que llevaban carga de mercancías. El árabe que venía adelante cantaba á compás con el movimiento de vaivén que imprimía á su cuerpo la marcha del camello. Su voz temblorosa y monótona, parecía un medio entre el canto y el gemido. A medida que nos acercábamos se hacía su acento mas perceptible, y supliqué á Fortunato escuchara atentamente lo que el caminante decía cantando, y me lo tradujese con entera fidelidad. Así lo hizo el dragoman, y yo lo escribí al mismo tiempo con lápiz en mi cartera de viaje.

Esta canción dice así:

«¡Oh camello, mas querido para mí que las niñas de mis ojos!

«Tu andar es blando, como el balanceo de las palmas del desierto.

«Eres el compañero de mi vida, y sobre tus lomos he cruzado cien veces la tierra

«Desde el Eufrates hasta Egipto, y desde Egipto á la ciudad Santa.

«La campanilla que pende á tu cuello, suena á mis oídos armoniosa, como la voz de mis hijos.

«¡Oh camello, compañero de mi vida, mas querido para mí que las niñas de mis ojos!»

La caravana pasó, y los hombres que la formaban, y los árabes de nuestra comitiva, se dijeron al pasar: *salam alekum* (la paz con vosotros) y *alekum salam* (con vosotros la paz), como es costumbre entre caminantes de este país.

Llegamos á un punto donde el camino terminaba, y fué nos preciso seguir el rastro pedregoso de un torrente. Este descendía con extraordinaria rapidez á un valle. Necesitábamos marchar con sumo cuidado, pues á cada paso nos veíamos á pique de salirnos de la silla y caer de cabeza. En algunos puntos nos era preciso echar pié á tierra y tirar de nuestros caballos por la brida.

Algunas veces, y no raras, se me figuró que el pobre animal no podría salir de ciertos pasos en extremo difíciles, y yo mismo me asombré al mirarlo quedar vencedor de la dificultad y sin lesión ninguna. Y

es que estos caballos están acostumbrados á cruzar por caminos de esta naturaleza.

Pasamos por el medio de un torrente llamado *uadi-Haramieh* (valle de los ladrones), y despues de un cuarto de hora de marcha llegamos á una fuente llamada de los ladrones (*ain-Haramieh*). En todos los caminos de Palestina se conservan recuerdos de los tiempos en que el robo y el asesinato estaban á la órden del dia en esta tierra desgraciada. Por fortuna actualmente el mal está atajado, y parece no volverá á aparecer nunca.

Entramos en una estrecha garganta flanqueada por verdes colinas. Por un lado y otro se miran sepulcros tallados en la roca, y ruinas cuya procedencia se ignora.

Salimos de la garganta y subimos por la falda de una montaña. Lloviznaba y hacia frio. A la una de la tarde llegamos á Sin-Gil, que es una aldea situada sobre una montaña, á cuyo pié se extiende un campo risueño. Aquí recibimos hospedaje en la casa de un árabe, que nos instaló en un aposento espacioso rodeado de un ancho banco de piedra. Mientras almorzábamos llegó muchedumbre de árabes á vernos comer, y sentados alrededor nuestro, no apartaban los ojos de nuestro alimento y de nuestra boca.

A las tres seguimos nuestro camino. Bajamos de la altura y entramos en el hermosísimo valle de Sin-Gil. Se ven las ruinas de una aldea. Atravesamos el camino que conduce á Silo (paz), donde Josué colocó el Arca y permaneció esta mas de trescientos años.

Subimos por un monte, y bajamos á un delicioso valle de vistas espléndidas, que con la luz del sol que se ponía, parecia aun mas hermoso. Habia por allí ruinas de una poblacion latina. Entre las ruinas crecen los olivos silvestres. En esta tierra no se ven mas que olivos: hay pocos árboles de otra especie.

Contábamos con llegar á Naplusa aquel dia, pero habiendo oscurecido cuando aun nos faltaba la cuarta parte del camino, determi-

namos pasar la noche en Hauara, que es una aldea miserable, á las faldas del Garizim.

A las ocho de la noche llegamos á Hauara y nos alojamos en la habitacion de una pobre mujer. El aposento estaba formado, la mitad por la mano del hombre y la mitad por la de la naturaleza. Habia en el fondo una caverna que servia de caballeriza y cocina, mientras la parte anterior estaba destinada para dormitorio. Horrible miseria allí reinaba. Por todas partes se veian andrajos. Multitud de insectos de todas clases y dimensiones trepaban por las paredes y nos subian por la ropa, acribillándonos el cuerpo con sus mordeduras. La mujer con sus tres chicos, que á la sazón estaban dormidos, fuése á pasar la noche con una vecina, á fin de ganar algunas piastras con el alquiler de su casa. A las diez comimos, y estuvimos ahora como todos los dias, rodeados de árabes que nos miraban con ojos atónitos y hambrientos. Entre los circunstantes se encontraba el *sheikh* del lugar, que es la autoridad política, el cual aguardaba un pedazo de pan ó un hueso de pollo, como cualquier hijo de vecino. Las sobras de nuestra comida fueron repartidas entre aquellos campesinos y devoradas ávidamente por ellos.

A las once de la noche nos vimos precisados á decir á la multitud que nos dejara en paz, pues no llevaba camino de salir de allí nunca.

Febrero 23.

A la mañana siguiente nos levantamos á las siete, para continuar la marcha. Muchos árabes se apresuraron á ayudarnos á cargar nuestro equipaje. Al marcharnos, la aldea entera pedia *bakshish*, motivo por que perdimos mas de una hora en disputas. Una vieja riñó con la dueña de la casa donde habíamos pasado la noche, y á nuestra vista se dieron golpes. Aquello era una Babilonia de gritos, amenazas y ruegos, causado todo por el interes de obtener una propina. No puede ni siquiera imaginarse cuál es la avidez de los orientales

en materias monetarias. Los hombres, las mujeres, los niños, todos piden; las aldeas enteras resuenan del uno al otro extremo con esta palabra: *¡bakshish!* Por regla general, puede decirse que los países del Oriente, con necesidad ó sin ella, son países mendigos.

A las ocho nos pusimos en marcha. Las azoteas de las casas estaban coronadas de gente. Las mujeres nos veían con grande curiosidad, y apenas les fijábamos la atención, corrían á ocultarse. Aun en esta aldea miserable las mujeres traían alhajas en profusión. Muchas tenían el rostro descubierto, pero las más lo ocultaban tras un velo. No hay mujer, ni la más infeliz, que no lleve brazaletes. Algunas llevan un anillo sobre la nariz, como en Egipto. El anillo, el velo y los brazaletes son de uso inmemorial en Oriente. Cuando Eliezer, mayordomo de Abraham, fué á la Mesopotamia á buscar mujer para Isaac, habiendo encontrado á Rebeca en la fuente, después de averiguar de qué familia era, *le puso un pendiente sobre su nariz y brazaletes sobre sus manos.* Cuando conducida por Eliezer llegaba á Bersabé, habiendo visto á Isaac que venía por el camino á su encuentro, *tomó el velo y cubrióse.*

§ III

NAPLUSA (SIQUEM.)

Seguimos nuestro camino por la falda de la pequeña cadena de montañas que forman el Garizim, con rumbo al noreste, y teniendo á nuestras plantas una llanura (uadi-Mokhua.)

La mañana estaba hermosísima. Galopando, y con el humor más bello del mundo, caminamos por espacio de hora y media, disfrutando hermosísimas vistas, y dejando como siempre á la derecha y á la iz-

quierda aldeas asentadas sobre los picos más elevados de las rocas, semejantes á los nidos de las águilas.

De pronto torcimos á la izquierda, y se abrió á nuestros ojos un valle delicioso que se extiende entre dos montes célebres, el Hebal y el Garizim. Atravesamos un bosque de olivos. Entre ellos hay una fuente á la que vienen á tomar agua las mujeres de Naplusa. Al terminar el bosque hay un cuartel, que es un hermoso edificio en construcción, de arquitectura europea.

Un momento después llegamos á Naplusa, ciudad de las más importantes de Palestina. Naplusa ocupa el lugar de la antigua Siquem. Está rodeada de murallas de piedra muy antiguas. La puerta por donde entramos es muy estrecha. La ciudad es larga, y las calles sombrías y pavimentadas con grandes piedras de superficie lisa y resbalosa. Hay muchas que están cubiertas con bóveda, y son de tal manera estrechas, que apenas pueden pasar por ellas al mismo tiempo dos personas á caballo.

Naplusa tiene de diez y seis á veinte mil habitantes, entre los que se cuentan cien católicos, quinientos griegos y quinientos entre samaritanos y judíos. Hay en la ciudad un misionero latino que es un francés llamado M. Morvieu.

Nos dirigimos directamente á la casa de este misionero. Llegados allí, fuimos conducidos á la presencia del eclesiástico.

La casa tiene exterior mezquino y hermoso interior, como la mayor parte de las habitaciones orientales. El gobierno turco hace pagar muy caras las fachadas, y por esto hay pocos que se permitan el lujo de tenerlas buenas.

En la sala nos encontramos en presencia de dos personajes vestidos á la turca, que fumaban sus *narghilés* sentados muellemente sobre los divanes. No creímos que ninguno de ellos fuese el sacerdote católico. M. Delestre preguntó en francés por el misionero, y entonces se levantó sonriendo uno de aquellos personajes, que tenía una hermosa y larga barba, diciéndonos: